

# Pregón de la Semana Santa de La Laguna 1955

Alfonso García-Ramos y Fernández del Castillo

La pregunta me fué hecha hace unos años. Era un Viernes Santo de Primavera y estábamos en Sevilla; el atardecer andaluz se ensangrentaba por el poniente, el Cristo de la Expiración y la Virgen de la O cruzaban el puente de Triana y encendían los primeros reflejos de luz en las aguas del río. Entonces, alguien que nos conocía bien, preguntó a nuestras espaldas ¿y tu Semana Santa, Alfonso? ¿Cómo es la Semana Santa lagunera? De verdad que la pregunta era difícil. Todo un mundo de comparación y contraste se abría ante nosotros. De un lado aquella Andalucía que luce todo su esplendor para la Pasión de Cristo. Una Sevilla que estrena golondrinas, perfuma sus calles, y se abre en un ramo de saetas, apenas apagado por el redoblar lúgubre de los tambores. De otro, nuestra Semana Santa íntima y sin colores. La ciudad envuelta en un gris ceniza. Recogida en sí misma. Y con un silencio de tragedia por esas calles que se hacen templos al paso de las procesiones.

Quedaban aún otros contrastes que hacían más difícil la definición. Teníamos ante los ojos, al Cristo de la Expiración –cachorro de Triana- un Cristo en agonía; un Cristo que lucha con la muerte, que se resiste a ella. Sevilla, maestra de leyendas, ha forjado una para su Cristo trianero. Se dice que el escultor tomó para modelo a un gitano llamado Cachorro, y, que durante meses trabajó hasta lograr aquel cuerpo bello y llagado, aquella carne atormentada y rota, que se contrae y en último grito de vida se yergue para ofrecer el pecho a la muerte; mas le faltaba aún lo principal, el rostro que reflejara el supremo dolor, la última palabra, la consumación del sacrificio. En esto, el buril una y otra vez resultaba impotente. El escultor desesperado y enloquecido clavó el buril en el pecho del modelo, y, entonces llevó a la madera su faz convulsa, su expresión lucha de vida con la muerte.

No sé lo que hay de cierto en esta leyenda, tal vez sea esa anatomía hercúlea y torturada que se resiste a morir, la de un gitano muerto por mano homicida; mas de lo que no cabe duda es que hay también algo completamente distinto, algo que vino desde el Cielo, y es que por encima de la humanidad agónica y convulsa aflora la sonrisa del perdón y sacrificio de un Dios que muere por los hombres.

Llevábamos también en el recuerdo al Cristo de La Laguna, nuestro Cristo enjuto y gris, de carne africana. Un Cristo donde la anatomía es sólo sombra, anécdota, sobre la que descansa todo su hondo significado, su desnudo misticismo. Muchas veces nos hemos preguntado los por qué de esa maravillosa coincidencia, que une en una misma concepción al escultor desconocido que sabe Dios en qué lejanía de tiempo y espacio tallara la imagen de nuestro Cristo, y a este pueblo, que lo recrea dentro de sí, que lo hace suyo. Muchas veces –repito- hemos preguntado por qué el Cristo de La Laguna es para nosotros el Cristo interior de cada uno.

Mundo de contrastes dije, pero siempre dentro de la unidad de nuestro Credo: el Cristo de la Expiración, carnalidad bella y atormentada que anima un soplo divino. El Cristo de La Laguna,

todo espíritu, todo credo y amor, detenido en lo imprescindible, en un poco de carne, apenas la necesaria para recordarnos que el Cristo espiritual tomó forma humana.

Los pueblos veneran y representan a la Madre de Dios, a través de su propia idiosincrasia. Esto puede explicarnos un poco esta diferencia radical con que Andalucía y Canarias tratan a sus Vírgenes.

En Andalucía, los dioses trabajaron para los hombres, la tierra es buena porque así fué creada. Como la vida es fácil, se le puede rendir culto a la mujer, y hacer de ella una reina que todo lo ilumina. Sevilla ve a la Virgen a través de su propia mujer, o mejor aún, de su propia madre. La ve débil y poco preparada para el dolor, cargada con todo el peso de su tragedia. Entonces, hace todo lo posible por consolarla: la rodea de claveles, la viste con seda y pedrería, le enciende velas y se las pone delante –como dijera el Padre Cué- para que el resplandor no le deje ver al Hijo que va muerto. Todo el cariño protector para la Virgen y Madre.

El hombre canario ha tenido que construir su isla. Fué preciso romper la lava, perforar la roca hasta encontrar el agua, levantar paredes, transportar la tierra. Y esto no se consigue sino con grandes sacrificios, con una vida de trabajo y renuncia. A su lado siempre la mujer, llevando sobre la cabeza cestos de tierra y de frutos, empuñando la azada y la hoz; la mujer valiente y fuerte, consciente de su papel en la epopeya canaria. Ella ha visto sus manos agrietadas, su piel envejecida prematuramente y sabe hacerle cara al dolor. Ella ha conocido la soledad de la mujer del emigrante; por eso no llora, sino que le sustituye, y empuña el arado que quedó sin dueño, y entierra los hijos muertos y trabaja más aún para mantener a los que le quedan vivos.

No es extraño, pues, no es tampoco por tacañería por lo que nuestras Dolorosas van pobres y sin joyas, vestidas de negro con la asceta sencillez de las campesinas canarias. La Laguna sabe que a esta mujer no le sirven de nada mimos y bagatelas, que ella es capaz de afrontar el dolor y por eso da un paso atrás y guarda silencio. Más tarde vendrán los días alegres y el pueblo canario celebra las devociones de María: Candelaria, Pino, Reyes, Nieves... Cubre las imágenes con flores y joyas, enciende el Cielo por ellas con los artificios pirotécnicos; más ahora la quiere vestida de negro, sencilla, sin joyas; para ella sólo la oración, para ella valiente y dolorida, participando en la Pasión como corredentora.

Los contrastes eran muchos y la pregunta difícil; sin embargo, la respuesta acudió fácil a mis labios. La Semana Santa lagunera, dijimos entonces, es un rosario de recuerdos.

Un rosario de cuentas enlazado por cadenas de pasado y de presente. Sigamos a la ciudad en ese desgranar de rezos y solemnidades.

## DOMINGO DE RAMOS

Despierta la ciudad con júbilo de almas y olivos. El Cristo Predicador sube calle Carrera arriba entre himnos de gloria y nubes de incienso. Después, en la Catedral, el Pontifical solemne, plata y oro sobre el telón negro que anuncia ya el luto inmediato. Por la tarde, sólo un silencio recogido, la quietud absoluta de las horas. La ciudad sabe que en la campiña cercana de

Tacoronte un Cristo desclavado del Madero camina y blande su cruz cara al mar y avanza pisando los símbolos del pecado.

#### LUNES SANTO

El lunes de la Semana Mayor lagunera rinde culto a Nuestro Señor del Huerto, al Señor que vela y sufre, mientras duermen apacibles sus apóstoles, y le rinde culto precisamente en el Convento de Clarisas, para recordarnos que nosotros también dormimos un poco despreocupados de esos conventos de clausura que apenas miramos al pasar y que dejamos solos y desatendidos apurando el cáliz de su penitencia. Sí, mientras la ciudad duerme cansada de tanto trajín, olvidada tal vez de lo eterno, el Monasterio, solitario y triste, repasa la Pasión de Jesús y vela por los siglos y las generaciones.

#### MARTES SANTO

La Parroquia Matriz de la Concepción se ha llenado de campo. Las hierbas olorosas salpican de verde el pavimento. El reloj marca las primeras horas del atardecer. Bajo los doseles rojos, la Predilecta de Luján y las Lágrimas de San Pedro. Así durante años y siglos. Así como añoraba Eugenio Domínguez Guillén tosiendo y muriéndose junto a la bahía azul de Nápoles, músico que nunca olvidó una tarde de Martes Santo con perfumes de tomillos, de hierbas y trajes de estreno. Y lo que fué añoranza y recuerdo se hace arte; aquel músico muerto a los veinticuatro años, sin ver cumplido su anhelo de volver a su isla, sin haber podido asistir a los cultos de su parroquia, compone su "Recordatus est Petrus" que canta y llora el arrepentimiento del gran pescador y el de nuestro malogrado músico, que desde el Nápoles azul ponía una cuenta más en el rosario íntimo y entrañable de nuestra Semana Santa. Ahora lo oiréis cantado por el coro de la Parroquia Matriz, ya empieza el redoblar seco de los tambores, el paso silencioso de los penitentes; la Cofradía de la Flagelación desfila con nuestra Señora de las Angustias y el Señor atado a la Columna. Y así, el trono rutilante del Dios flagelado alumbra en la noche lagunera las primeras llagas de la Pasión.

#### MIÉRCOLES SANTO

El miércoles Santo tendrá siempre un nombre: Colegio de los Hermanos. Y cada marzo o abril nos hace vivir de nuevo el viejo patio de cemento con columnas de tea, las clases con vales y regaliz, el hermano Manuel, aquel hermano bueno y bajito que un día vimos marchar a la guerra vestido de soldado.

El Colegio tenía un estandarte con vara de purpurina para la procesión del Nazareno. Todos queríamos llevarlo. Entonces empezaba un pugilato de notas y méritos para conseguir tal honor. Todos pensábamos la procesión del Nazareno y la misma súplica acudía a los labios: ¡Hermano, yo quiero llevar el estandarte!

En la noche del miércoles la Cofradía de la Sangre, negro y rojo, desfila con su paso del Ecce Homo. Otra meditación necesaria en la que nos sume este Señor de la Cañita, escarnecido, objeto de burla para los que no entendieron que su reinado no era de este mundo. Este Señor llagado, humillado, como una caricatura de los símbolos del poder terrenal que sus verdugos creían eterno e inmovible, y que hoy se pasea por los siglos como rey de reyes, mientras aquel poder humano, aquella realeza mundana, ha quedado reducida precisamente a eso que

pusieron como burla sobre su Dios, un manto desteñado, un cetro de caña y una corona de espinas.

## JUEVES SANTO

Un jueves, alfombras multicolores, calles de brezo y retama. Alegría de luces y campanas. Un jueves para la Eucaristía en el mes de las espigas cuando la isla es sol y fruto. Canarias, tiene su modo peculiar, su forma a la vez significativa y artística de rendir culto al más alto de los sacramentos, y, no le basta esa maravilla recreada cada Primavera, ese pintar con pétalos de flores. Quiere un jueves Santo para conmemorar el día glorioso y triste de la institución de la Eucaristía. Por eso el juego de contrastes en este día de tristeza y de alegría, de velos negros y ornamentos blancos. La Laguna sabe de todo esto, entonces, trata de crear algo que sea a la vez grandioso y triste. En un rincón de las iglesias oscurecidas, muy cerca de las capillas onde las Vírgenes lloran su dolor en la penumbra de dos o más velas, surge algo hermoso y radiante: es el Monumento a la Eucaristía. Otro modo, mejor, otra intuición del pueblo canario en su afán de rendirle culto. La S. I. Catedral y la Parroquia Matriz abren en este día el arca de todas sus riquezas, y levantan con ellas gráciles y destellantes arquitecturas donde reluce la plata americana magistralmente labrada por aquellos plateros de La Laguna que creara aquella escuela famosa en dos Continentes. Arriba, recortado sobre terciopelo rojo las dos andas del Corpus lagunero, alta y esbelta una, barroca y solemne la otra rematan esas dos maravillas de arte y fervor, de luces y reflejos. El monumento de Santo Domingo de Guzmán engasta en una misma joya lo viejo y lo nuevo, los tesoros de un pasado devoto y los que un tesón inquebrantable ha incorporado al viejo y remozado templo. Dos Monasterios: Santa Catalina, orgulloso de haber sido la raíz de esa tradición gloriosa de los monumentos laguneros y el de Santa Clara, ufano de guardar aquellos tesoros que la reina católica hiciera a la Orden franciscana. De esta manera La Laguna se convierte en maravilla de arte y fervor sin parangón con ninguna otra Semana Santa para exaltar el Misterio de la Eucaristía.

## CORO DE LOS REMEDIOS: "Ecce Panis"

En este día de conmemoraciones gloriosas cuando el canto gregoriano llena las bóvedas de la Catedral, el Prelado de la Diócesis consagra el óleo santo. Horas más tarde, la liturgia católica nos hablará una vez más de la humildad, y las manos del Pastor lavarán las plantas de 12 asilados, como recuerdo y pervivencia de aquella hora gloriosa en que fué instituida la Penitencia.

Cuando el martilleo de la matraca pone fin a las solemnidades en la S. I. Catedral, comienza un desfilar interminable de gente que recorre las iglesias y capillas para postrarse una y otra vez ante la Sagrada Forma. Poco a poco llega la noche, se encienden las primeras estrellas o cae una ligera llovizna. De nuevo el redoblar de los tambores resuena en la ciudad; la Cofradía de la Misericordia, blanco y morado, con Nuestro Señor de la Humildad y Paciencia, cierra ese paréntesis de recogido júbilo. Otra vez el Cristo llagado y desnudo ya al pie de la crucifixión, dándonos una lección silenciosa y heroica, descubriéndonos dos valores, pilares fundamentales del mundo cristiano humildad y paciencia. Por las calles húmedas de la ciudad la Cofradía de la misericordia quema el primer incienso de la noche y abre un aire tibio y recogido para la procesión de madrugada.

## VIERNES SANTO

Los relojes de la ciudad se han detenido en las cuatro de la mañana y el Cristo de La Laguna se recorta radiante en los portales de su Santuario. Un poco más adelante, San Juan, la Magdalena y la Dolorosa, caminan presurosos difuminados en la penumbra de sus vacilantes fanales. A los bordes de la calle las velas encendidas de los esclavos forman una cadena luminosa que alarga y crepita sacudida por el viento. Ha salido la procesión de madrugada, y, todo el pueblo camina tras de su Cristo. La Laguna calla y reza, solo se oye el redoble de los tambores o los sonos de una marcha fúnebre. El Cristo marcha hacia el amanecer y todo el aire queda detenido a su paso; los recuerdos se encienden y encadenan a esta madrugada inolvidable, y se abre un balcón en el tiempo y vive de nuevo Ramiro Arnay; un Ramiro enfermo, casi transparente, que se asoma para cantar por última vez la más querida de sus romanzas, la misma que le diera un día gloria y fama, y que ahora canta para su Cristo en medio de un silencio conmovido y expectante, muy lejos del guiñar de las candilejas y del aplauso del público. Ahora el tenor lagunero que lleva ya la muerte en los ojos entona su canto de cisne. Él lo sabe y canta para su Cristo. Todo su cuerpo enfermo tiembla y se estremece por el esfuerzo, pero su canción se abraza a la Cruz y escapa vertical hacia el cielo. El Cristo sigue su marcha abriendo corazones, recogiendo plegarias, y se detendrá ante una ventana y entonces un viejo vate rompe las cuerdas clásicas de su lira pagana para dedicarle un romance que es toda una confesión de amor y de fé:

¡Procesión de madrugada!

¡Cómo brillan los luceros

que los ángeles encienden

por el Cristo lagunero...

La Laguna desgrana así, día a día, hora a hora, el rosario de su Semana Santa, y cada año engarza una cuenta más en la cadena de sus solemnidades; así la nueva cofradía del Lignum Crucis en la emotiva ceremonia del Descendimiento rendirá culto de latría al mismo Sagrado Madero que adoraron los castellanos conquistadores el primer Viernes Santo lagunero.

Llegada la hora cumbre, las puertas de la Catedral se abren para dar paso a la procesión Magna. Ya las calles y plazas se hacen pequeñas para el gentío que las llena. Comienza el desfile que reproduce ordenado y movable las etapas de la Pasión. La Laguna ofrece una síntesis de su Semana Santa en la que los imagineros canarios Estévez, Luján y Rodríguez de la Oliva se hermanan con las escuelas sevillana y genovesa. Pasan los Cristos rojos y sangrantes siempre acompañados por el paso rítmico de los penitentes... La Predilecta de Luján, más dolorosa que nunca, camina delante del Cristo lagunero; más atrás, la Virgen de la Soledad, abatida por el peso de las lágrimas oye las campanillas de plata que repican tristes sobre la impresionante talla del Dios muerto, que recorta sobre el negro terciopelo toda su gótica severidad.

El cielo se ha teñido de rojo y naranja cuando el Cristo Predicador llega a la Catedral. Los fanales encendidos arrancan los últimos destellos a la plata de los tronos y en la penumbra del crepúsculo se difuminan los colores de los hábitos penitenciales, que siguen marcando un ritmo lento de pasos, mientras suena cada vez más cerca el fúnebre redoblar de los tambores que acompañan al Santo Entierro.

Cuando la noche pone fin a este día de crespones, la ciudad recobra su estado tradicional, vuelven a quedar vacías sus calles y las Cofradías de Penitentes acompañan al Cristo difunto. Han cesado los tambores y las marchas; sólo el compás de los pasos rompe el pleno silencio. Más tarde, cuando una ligera llovizna sacude los cristales, la Soledad, de Rodríguez de la Oliva, recorre las calles laguneras. Stabat Mater.

Así es La Laguna y su Semana Santa; un rosario de recuerdos, una cadena de fervores, un vivir y reproducir en sí misma la Pasión de Jesús. Por eso, cuando en la noche del sábado un júbilo de bronces caiga sobre la vega, la ciudad resplandecerá pura, porque se ha bañado en la Sangre Redentora de su Cristo y continúa fiel a una fé más firme que esos viejos campanarios que en la noche de gloria saludan al pueblo con el alegre repicar de sus campanas.

¿Cómo es tu Semana Santa, Alfonso? La Semana Santa lagunera, mi Semana Santa, es rosario de recuerdos...

Alfonso García-Ramos y Fernández del Castillo